

La encíclica *Magnifica humanitas*: un resumen

Fernando Pascual, L.C.

Profesor ordinario de filosofía del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

El 15 de mayo de 2026 el Papa León firmaba su primera encíclica, titulada *Magnifica humanitas*. El texto fue presentado a la prensa y al mundo el 25 de mayo de ese mismo año. Vamos a hacer una presentación de conjunto de este importante documento papal.

1. El prólogo

El prólogo de la encíclica *Magnifica humanitas* (abreviada aquí como MH), contrapone dos modelos de esfuerzo humano: el de la torre de Babel, y el de los judíos en tiempo de Nehemías.

El relato de la torre de Babel nos habla de un esfuerzo humano por construir un mundo mejor dejando de lado a Dios. Así lo describe el Papa:

Los seres humanos, habiéndose establecido en la llanura de Senaar, deciden construir una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo (Gn 11,4). Quieren así asegurarse estabilidad y poder, y sobre todo perpetuarse un nombre, temiendo ser dispersados por la tierra. [...] Sin embargo, el proyecto esconde un profundo engaño: es una obra concebida sin referencia a Dios, sustentada por una uniformidad que elimina la diversidad y que, en lugar de la comunión, elige la homogeneización (MH, n. 7; cf. n. 90)¹.

Conocemos el resultado de ese esfuerzo prometeico basado en el orgullo: un completo fracaso. Los hombres dejan de comprenderse, se pierde la unidad y se avanza hacia la dispersión. La enseñanza es clara: «Babel revela así el límite de toda construcción que, por grandiosa que sea, surge de la absolutización de lo humano y de su pretensión de autosuficiencia, sacrifica la dignidad de las personas en aras de la eficiencia y aspira a alcanzar el cielo sin la bendición de Dios» (MH, n. 7).

En el libro de Nehemías se narra la reconstrucción de Jerusalén con una perspectiva totalmente distinta: todo el esfuerzo surge des-

¹ Los textos en castellano están tomados de www.vatican.va.

de la mirada puesta en Dios. Nehemías reza, observa la situación, habla con el rey. Luego acude a la gente:

Convoca a las familias, confía a cada una un tramo de muralla para reconstruir, escucha los temores, coordina los esfuerzos y hace frente a las oposiciones. El relato muestra cómo la ciudad renace no gracias a la iniciativa de una sola persona, sino a través de la responsabilidad compartida de todo el pueblo: sacerdotes, artesanos, jefes de familia, mujeres y jóvenes (MH, n. 8).

La gran diferencia respecto de Babel es que ahora Dios ocupa un lugar céntrico, lo cual permite reconstruir los lazos de comunión entre las personas: la armonía surge «cuando cada uno asume su parte y todo el pueblo reconoce que su fuerza viene del Señor» (MH, n. 7; cf. nn. 241-242, en la conclusión, cuando se vuelve a recordar la historia de Nehemías).

A la luz de estos relatos, el Papa León XIV identifica dos paradigmas contrapuestos que surgen desde las elecciones humanas: «Por eso, la primera elección no es entre un sí o un no a la tecnología, sino entre construir Babel o reconstruir Jerusalén: entre un poder que pretende dominar el cielo y un pueblo que, en presencia de Dios, se pone a trabajar unido para levantar de nuevo las murallas de la convivencia fraterna» (MH, n. 9).

Frente a estos paradigmas o alternativas, la encíclica invita a evitar el «síndrome de Babel» y a escoger el «camino de Nehemías» (MH, n. 10; cf. n. 16). Lo hace precisamente ante los desafíos de nuestro tiempo, entre los que ocupa un lugar paradigmático el desarrollo de la así llamada «inteligencia artificial» (IA). Así será posible, como se dice al final de la introducción, detener «la construcción de la enésima Babel», y las fuerzas se unirán «para edificar en el bien, para que la humanidad nunca pierda su propia belleza y el mundo pueda reconocer una vez más, en el corazón del ser humano, el lugar donde Dios desea habitar» (MH, n. 16).

2. Una visión de conjunto de la Doctrina social de la Iglesia

Los capítulos 1 y 2 de MH permiten acceder a una visión de conjunto de la Doctrina social de la Iglesia (DSI). En el primer capítulo se indican algunas ideas generales sobre el sentido de esta doctrina, para luego ofrecer un amplio análisis de las contribuciones más importantes a partir del pontificado de León XIII, con su encíclica *Rerum novarum*. El segundo capítulo, en cambio, ofrece una síntesis de las principales líneas y contenidos de la DSI.

No resulta fácil resumir ambos capítulos, por el hecho de que estamos precisamente ante textos que sintetizan otros documentos.

Notamos, sin embargo, algunos aspectos importantes. El primero consiste en el carácter dinámico de la DSI, que se hace patente precisamente a través de una visión histórica (MH, n. 17). En segundo lugar, se destaca el hecho de que la Iglesia camina con la humanidad; por ello ofrece sus reflexiones ante los diferentes momentos que atraviesan las sociedades, sin que ello implique confundir las realidades terrenas y lo que es propio de la Iglesia (MH, nn. 18-22).

Además, como un tercer punto, el Papa señala la importancia que tiene, en la elaboración de la DSI, la ayuda de las ciencias humanas (MH, n. 23). Ello explica lo específico de esta doctrina, su función propia, «que no pretende sustituir las responsabilidades de la política y de las instituciones, sino que se ofrece como apoyo al discernimiento común, ayudando a reconocer y promover lo que contribuye a la dignidad de las personas, a la vitalidad de las comunidades y al bien de todos» (MH, n. 24).

De ahí surge lo que podríamos llamar, en cuarto lugar, la noción de discernimiento comunitario, entendido como el modo de comunicar la DSI, no como una verdad poseída que luego se impone a otros, sino como un ofrecimiento que se lleva a cabo a través del encuentro, sin desconocer que existan diferentes perspectivas. «[La DSI] nace del encuentro entre la verdad eterna del Evangelio y las preguntas de la historia, se deja interpelar por los signos de los tiempos; se nutre de la contribución de las ciencias, las culturas y las experiencias humanas» (MH, n. 27).

Tras la amplia sección que resume lo que desde León XIII hasta Francisco ha sido elaborado por numerosos documentos de los Papas (MH, nn. 28-44), MH observa, al terminar el capítulo primero, cómo, a pesar de las diferencias y las originalidades de cada Pontífice, se descubren unos hilos conductores que son ya un patrimonio común de la DSI: «la dignidad de la persona, el valor del trabajo, el destino universal de los bienes, la solidaridad y la subsidiariedad, el cuidado de la creación, la centralidad de la paz y la fraternidad» (MH, n. 45).

Precisamente el capítulo segundo sirve como síntesis de la DSI, como indica su título («Fundamentos y principios de la Doctrina social de la Iglesia»). No se trata solo de hacer una reflexión teórica, sino de profundizar en los principios de la DSI para luego extraer aplicaciones que permitan tutelar mejor a los seres humanos en este tiempo de la IA (MH, nn. 46-47).

Resulta necesario tener presente que el capítulo segundo no se limita a resumir la DSI, sino que incluye, al abordar diversos principios y criterios, consideraciones sobre la situación actual. Por poner un ejemplo, al exponer el principio del respeto a las minorías, el documento evidencia que, junto al crecimiento de una mayor con-

ciencia sobre este punto, queda todavía mucho por hacer en lo que se refiere a los derechos de las mujeres (MH, n. 57); o al hablar del destino universal de los bienes, recuerda que «hoy» ese principio incluye también «bienes inmateriales y culturales» (MH, n. 65 y n. 67); o al hablar de la justicia social, subraya su papel en los ambientes creado gracias a la tecnología digital (MH, n. 80).

Tras una exposición sobre la dignidad humana y los derechos fundamentales (MH, nn. 48-58), el Papa recoge cuatro principios fundamentales de la DSI: el principio del bien común (MH, nn. 59-64), el destino universal de los bienes (MH, nn. 65-67), la subsidiariedad (MH, nn. 68-72), la solidaridad (MH, nn. 73-76), la justicia social (MH, nn. 77-81, con especial atención al tema de los migrantes).

El capítulo segundo termina con una reflexión sobre la idea de desarrollo (muy ligada a la de progreso), y con una sugestiva aplicación de los principios de la DSI a la vida interna de quienes formamos parte de esa comunidad que llamamos Iglesia.

3. El progreso tecnológico en *Magnífica humanitas*

El capítulo tercero de MH aborda el tema del progreso tecnológico, de modo especial en el ámbito informático y en lo que se refiere a la así llamada IA. Para ello, el Papa recoge ideas expuestas en el capítulo segundo, y se fija en dos grandes áreas temáticas: una dedicada directamente a la IA (MH, nn. 90-111), y otra orientada hacia la ética, hacia aquello que debemos salvar: la defensa del ser humano ante los nuevos retos (MH, nn. 112-130).

León XIV se plantea la pregunta sobre qué modelo seguimos respecto de la tecnología: el modelo de Babel, que deshumaniza, o el modelo de Nehemías, que trabaja desde una responsabilidad compartida (MH, n. 90, retomando ideas que encontramos en la introducción de la encíclica). La pregunta resulta más acuciante ante un modelo tecnocrático que exalta el desarrollo técnico, que puede quedar bajo el control de poderosos grupos corporativos, con los riesgos que ello implica (MH, nn. 92-96).

Luego, la mirada se dirige al tema de la IA, dejando en claro que el Papa pretende «recordar algunos elementos esenciales para un discernimiento moral y social que proteja el primado de la persona, con el fin de que sea siempre la inteligencia humana, con su conciencia y su libertad, la que guíe las innovaciones técnicas y establezca con responsabilidad su uso y sus límites» (MH, n. 97).

Aunque resulta difícil, como recuerda la encíclica, comprender exactamente cómo funciona y cómo se desarrolla la IA, resulta nece-

sario subrayar que nunca puede ser vista como igual a la inteligencia humana. Entre otros puntos, destaca el hecho de que la IA no tiene una conciencia moral que permita juzgar entre el bien y el mal, y no capta lo que significa «el amor, el trabajo, la amistad y la responsabilidad» (MH, n. 99).

Se reconocen muchos puntos positivos de la IA, pero también algunos riesgos. Uno, por ejemplo, es la simulación de estar dialogando con «alguien», cuando en realidad las respuestas llegan desde programas complejos y siempre impersonales, aunque «manifesten» empatía o interés hacia quien formula preguntas o reflexiones (MH, n. 100). Otro se refiere a la toma de decisiones, sobre todo en el ámbito de asumir o no asumir a una persona en un determinado trabajo, o ante decisiones que afectan la vida de personas concretas (MH, nn. 102-106).

Aquí se introduce un punto de gran importancia. Es algo sabido y muchas veces analizado que los descubrimientos técnicos pueden ser usados para el bien o para el mal. En cambio, por lo que respecta a la IA, no solo habría que considerar qué uso se va a hacer de ella, sino cómo ha sido programada, pues en ocasiones el instrumento incluye opciones y configuraciones que podrían ser negativas si se parte de una noción errónea de lo que es la persona y de lo que es la sociedad (MH, n. 104). En otras palabras, es posible «discutir el código ético que debe ser usado, sometiéndolo a criterios de justicia social compartida. De lo contrario, quien controla la IA impondrá su propia visión moral, que se convertirá en la infraestructura invisible de los sistemas» (MH, n. 107). Lo ideal, entonces, sería que muchos puedan participar en las decisiones relativas a la IA, y así se evitará que algunos grupos controlen sus enormes potencialidades en beneficio de unos pocos. Este esfuerzo común puede quedar expresado bajo una expresión que León XIV repite con frecuencia: desarmar la IA para que se convierta en acogedora (cf. MH, n. 108-110).

La segunda área temática del capítulo tercero, como dijimos, trata sobre la custodia de lo humano, amenazado ante el riesgo de absolutizar una dimensión (la tecnológica) en detrimento de otras. De modo concreto, hay que proteger la dimensión del cuidado y atención hacia el otro, independientemente de su posible funcionalidad (MH, nn. 112-114).

La encíclica expone un resumen de dos planteamientos que no respetarían lo humano y que han adquirido una creciente importancia: el transhumanismo y el posthumanismo. Conviene recordar que sobre ellos la Comisión Teológica Internacional publicó un documento titulado *Quo vadis, humanitas? Pensar la antropología cristiana ante algunos escenarios futuros de la humanidad*, el 9 febrero 2026, documento que también es citado en MH.

León XIV, tras hacer presente el complejo y diversificado mundo que se recoge bajo corrientes conocidas como transhumanismo y posthumanismo, explica que se caracterizan por rasgos comunes: «la centralidad de la técnica y el sueño de superar los límites de la condición humana» (MH, n. 116). Este tipo de corrientes surgen a partir de una excesiva confianza en la técnica y una pérdida de la idea de límites que deban ser respetados. Ello lleva al peligro, denunciado ya por Pablo VI, de que los progresos puedan ir en contra del mismo ser humano (MH, n. 117).

En cambio, si aceptamos el límite no como obstáculo, sino como parte de nuestra condición humana, podemos convertirlo en inicio de una nueva sabiduría y en apertura para atender a los demás, como se muestra en una lista de ejemplos que el Papa menciona en esta parte de la encíclica (MH, nn. 118-126). Desde una mirada correcta sobre nuestra limitación y nuestra finitud, la humanidad «puede acoger los progresos de la técnica para aliviar los sufrimientos y abrir posibilidades nuevas, siempre que no reniegue de aquello que la hace ser ella misma, es decir, la capacidad de relación y de amor» (MH, n. 126).

Los últimos números de este capítulo se introducen en la perspectiva cristiana. Primero, ayudan a recordar que ya existe la posibilidad de algo «más que humano», cuando nos abrimos al don de Dios, a la gracia, y entonces el hombre queda elevado precisamente desde la acción del Espíritu Santo (MH, nn. 127-128). Luego, recuerda, desde el famoso texto de san Agustín sobre los dos amores que hicieron dos ciudades, que la técnica puede ser usada de modo erróneo, para edificar Babel, o de modo correcto, según el modelo de la reconstrucción de Jerusalén (MH, nn. 129-130), como ya se había indicado en el prólogo de la misma encíclica (MH, nn. 1-16).

4. Educación, trabajo y libertad en el tiempo de la IA

El capítulo cuarto de MH busca iluminar tres grandes ámbitos para proteger lo humano ante los recientes desarrollos tecnológicos, especialmente ante la novedad de la IA. Los ámbitos considerados son: la verdad (en conexión con los temas de la información y de la educación), el trabajo, y la libertad.

La encíclica inicia con unas reflexiones sobre la relación entre verdad y democracia, pues el espacio público se mueve continuamente desde el modo con el cual se accede (o no se accede) a los hechos. Existe el peligro de un cierto desinterés por la verdad, lo cual abre espacio al autoritarismo, cuando en realidad «la búsqueda de la verdad es un elemento esencial para la democracia, que es en sí misma un instrumento de participación en el bien común» (MH, n. 134).

La comunicación, recuerda el Papa, influye mucho en el imaginario colectivo, y puede acercarnos a una mejor comprensión del mundo o a un alejamiento de la verdad. Por eso resulta imprescindible promover una «ecología de la comunicación» (MH, nn. 135-138).

Por lo que se refiere a la educación, la encíclica subraya la importancia de educar en un buen uso de la IA, al mismo tiempo que recuerda, desde estudios recientes, los peligros que surgen cuando se hace un uso precoz de los medios digitales, o cuando estos generan desgana y dispersión, entre otros efectos (MH, nn. 139-142). Frente al peligro de una cierta despersonalización, o incluso de manipulaciones, vale la pena recordar un consejo de Platón, para quien «las cosas más profundas e importantes solo se aprenden tras mucho tiempo y mucho esfuerzo, comprometiéndose en la discusión con los demás para frotar los conceptos y las experiencias como si fueran pedernal, hasta que en nosotros salte la chispa de la comprensión» (MH, n. 140).

El trabajo es el segundo ámbito considerado en este capítulo cuarto (MH, nn. 148-169, uno de los núcleos temáticos más amplios del documento). Inicialmente se recogen algunos aspectos de la Doctrina social de la Iglesia sobre el trabajo y su importancia en la vida del hombre. Luego, tras reconocer beneficios de la tecnología en el mundo laboral, se señalan algunos peligros, por ejemplo desestabilizar, o incluso llevar a un aumento del desempleo (MH, nn. 150-156). A continuación, se esbozan otros temas importantes para el mundo económico (como los índices que se usan para evaluar la productividad, o las finanzas), con la mirada puesta en la búsqueda de cómo promover mejor dignidad humana (MH, nn. 157-164). Entre las muchas aportaciones de estos números, se puede destacar la invitación a intervenir en los cambios tecnológicos para orientarlos hacia el bien de las personas, pues la tecnología, no regulada, lleva a aumentar desequilibrios y no resulta accesible a muchos (MH, nn. 161-164). También tiene gran valor la parte dedicada a la familia y a los jóvenes; la encíclica exhorta a tomar decisiones que faciliten el acceso al trabajo de todos, de modo que las familias tengan lo necesario para su desarrollo, y los jóvenes vayan asumiendo responsabilidades en un acceso posible al mercado laboral (MH, nn. 165-169).

Por último, el capítulo cuarto se fija en un tercer ámbito, el de la salvaguardia de la libertad. La encíclica se centra en algunos peligros en el uso de los medios digitales. El primero es la creación de dependencias que afectan al ser humano en su vulnerabilidad, incluso con programas orientados a explotar esa vulnerabilidad. Frente a ese peligro, resulta «urgente promover un uso de las tecnologías que refuerce la libertad interior: educación en la sobriedad digital, pro-

tección de los menores y lucha contra los modelos que prosperan a costa de la vulnerabilidad» (MH, n. 170).

El segundo peligro aparece ante el control social que algunos pueden ejercerse desde la amplia recopilación de datos, favorecida por algoritmos elaborados con ese fin, para luego crear un nuevo poder que llegaría a controlar decisiones y conciencias (MH, n. 171). A la raíz de estos dos peligros el Papa señala la existencia de «una mentalidad tecnocrática y posthumanista, que tiende a considerar a la persona como un objeto manipulable o un recurso para optimizar» (MH, n. 172).

Además, no solo los «clientes» o consumidores pueden caer en redes que les priven de libertad. La encíclica recuerda a quienes trabajan, casi en situaciones de esclavitud, sea en la parte de elaborar programar, sea en el ensamblaje de dispositivos. Esas personas, algunas muy jóvenes, no pueden ser olvidadas a la hora de considerar los enormes cambios tecnológicos en curso (MH, nn. 173-179). En conexión con este punto (el enorme poder de quienes tienen datos concretos sobre otros) se colocan temas como el demográfico y el sanitario, pues los sistemas electrónicos pueden usarse para tratar a los seres humanos de modos diferentes, según criterios de mercado y no según el respeto y las necesidades que cada uno requiere (MH, n. 178).

Los dos números que cierran este capítulo, con la mirada puesta en la dignidad humana, destacan las dos alternativas ante las que nos encontramos: «si la técnica se convierte en criterio absoluto, la persona corre el riesgo de ser tratada como un dato, un engranaje o una mercancía; si, por el contrario, la técnica se inscribe en un horizonte de sabiduría, puede convertirse en una oportunidad de crecimiento, justicia y fraternidad» (MH, n. 180). Todo ello se convierte en una invitación a vivir una «responsabilidad compartida» en muchos niveles, para evitar los peligros y para que los avances tecnológicos promuevan un «desarrollo humano integral» (MH, n. 182).

5. Entre el poder y el amor

El capítulo quinto está dedicado al tema de la guerra en el contexto del uso de las nuevas tecnologías y de la IA.

Como señala el Papa, la «revolución digital está modificando la gramática de los conflictos. [...] La IA entra en estos procesos como factor de aceleración, en un contexto en el que muchas tecnologías son intrínsecamente ambivalentes: lo que nace para proteger puede convertirse rápidamente en ataque, y la frontera entre protección y agresión tiende a difuminarse. La IA puede potenciar la defensa y la protección de los civiles, pero también puede bajar el umbral del

uso de la fuerza, hacer opacas las responsabilidades y alimentar una cultura en la que el enemigo queda reducido a un dato y la víctima a un daño colateral» (MH, n. 183).

En este tema se evidencia claramente la contraposición de dos perspectivas: la que promueve una cultura del poder, y la que busca instaurar la civilización del amor. Ambas perspectivas quedan reflejadas en las imágenes expuestas en el prólogo: la de la torre de Babel, y la de la reconstrucción de Jerusalén en tiempo del gobernador Nehemías (MH, n. 184).

La encíclica ofrece luego una serie de análisis sobre la situación mundial a partir del final de la Segunda Guerra Mundial. En ese largo periodo conviven esfuerzos por promover la paz y evitar nuevos conflictos, y tendencias que abrazan una «cultura del poder», que llega incluso a «normalizar» la guerra como camino para imponer los intereses de algunos, mientras presenciamos un fuerte rearme de varios países (MH, nn. 188-196).

En esta situación, la IA altera el modo de usar las armas y de percibir sus efectos. Existe el peligro de producir y usar armas dotadas de «autonomía operativa» (MH, nn. 197-198). Como señala *Magnífica humanitas*, «no existe algoritmo que pueda hacer que la guerra sea moralmente aceptable. La IA no libera al conflicto de su intrínseca inhumanidad: solo puede hacerlo más rápido e impersonal, bajando el umbral del recurso a la violencia y transformando la defensa en previsión operativa, con las víctimas reducidas a datos» (MH, n. 198).

Frente a ese peligro, el Papa propone criterios éticos irrenunciables y concretos: la responsabilidad personal, contar con el tiempo necesario para un juicio moral, proteger a los civiles, establecer reglas compartidas, entre otros (MH, nn. 199-200).

A continuación, la encíclica recuerda otros aspectos de la situación en la que vivimos: la crisis del multilateralismo (MH, nn. 201-204), la tendencia a aceptar como útil un supuesto realismo político, que, contrariamente a lo que su nombre indica, huye de la verdad y deja a un lado los límites éticos (MH, nn. 204-209).

Frente a los nuevos peligros, la encíclica invita a trabajar en la construcción de una civilización del amor a partir de un texto de Pablo VI (MH, nn. 186-187 y 210-228). El cristiano reconoce el mal que existe en el mundo, pero sabe ir más allá de ese mal, pues ve la historia de un modo más completo. «No interpretamos el presente como un destino cerrado, sino como un campo abierto a la conversión personal y colectiva. Y creemos en la fuerza del Reino, que se desarrolla a partir de la pequeñez de un grano de mostaza, como

una semilla que, una vez sembrada, brota y crece (cf. Mc 4,26-32)» (MH, n. 210).

El compromiso a favor del bien puede parecer desproporcionado, pero resulta fecundo desde la confianza en Dios. Por eso cada uno puede poner su parte y asumir aquella responsabilidad que le corresponde, sabiendo que otros luego seguirán la tarea (MH, nn. 211-213). A continuación, el Papa expone diversos ámbitos para construir la civilización del amor. El primero consiste en desarmar las palabras, superando prejuicios y cuidando el modo de hablar, sin miedo a decir la verdad, y con un deseo de aconsejar y apoyar a quienes necesitan consuelo (MH, n. 214). Otro ámbito se encuentra en la búsqueda de la justicia, requisito necesario para que haya paz (MH, n. 215). Igualmente, hay que saber atender a las víctimas, pues no podemos vivir con indiferencia ante quienes sufren cualquier forma de injusticia (MH, nn. 216-217). Y hay que adoptar una visión realista que no es cinismo ni resignación, sino búsqueda de lo que sea posible llevar a cabo a favor de la paz y de la tutela de los civiles (MH, n. 218).

El ámbito del diálogo también aparece en esta sección. El diálogo se da a nivel interpersonal y a nivel político. En este segundo nivel, hace falta aprender a escuchar, a respetar, a promover una cultura de la negociación, todo ello desde el encuentro con el otro, también con el diferente, el extranjero o el que tiene otra religión (MH, nn. 219-223). Del diálogo surge la defensa de la diplomacia y del multilateralismo, abordado en siguientes números de esta sección (MH, nn. 224-227). La encíclica se fija aquí, nuevamente, en algunos peligros que pueden surgir desde usos equivocados de la IA: «los ataques informáticos, la manipulación de datos y las campañas de influencia orquestadas con la ayuda de la IA pueden desestabilizar países enteros, incluso antes de que se llegue a un enfrentamiento armado abierto» (MH, n. 225). Esos peligros invitan a una mayor atención, al mismo tiempo que se impone la tarea de relanzar organizaciones internacionales, como la ONU, para que puedan promover eficazmente la paz entre los hombres (MH, n. 226).

El capítulo quinto termina con una invitación a confiar en Dios, pues el trabajo por la paz solo puede nutrirse desde la oración. «No nos cansemos de orar por la paz y de comprometernos a hacerla realidad en nuestras relaciones y en la sociedad» (MH, n. 228).

6. Conclusión

La encíclica *Magnifica humanitas* tiene varios párrafos que se ofrecen como conclusión, y en los que brilla con más fuerza la mirada

de fe ante el progreso tecnológico. Frente a un mundo que promueve la conquista, incluso con ideologías seductoras, el Papa contrapone otro proyecto, parecido al de la Virgen María en su *Magnificat*, que se fija en la misericordia de Dios (MH, n. 230).

La conclusión identifica la presencia, en medio de algunas ideas y promesas del transhumanismo y del posthumanismo, del deseo de «una vida más plena, menos expuesta a la fragilidad y al sufrimiento. Pero la Encarnación abre un camino diferente. Mientras las ideologías antiguas y nuevas empujan al hombre a la superación técnica del límite y a elevarse por encima de los demás para afianzar un dominio, el misterio del Hijo de Dios que entra en nuestra condición narra un movimiento opuesto: el Dios vivo que desciende a nuestra historia para liberarnos de toda esclavitud, asume nuestra debilidad y la transforma en lugar de salvación» (MH, n. 232).

De esta manera, la Encarnación permite la cercanía de Dios a tantas personas que se sienten heridas en su dignidad, al mismo tiempo que muestra el camino propio de la humanidad: abrirse a los otros y vivir en comunión (MH, n. 231). Por lo mismo, y desde la fe, el Papa invita a «contemplar en el rostro del Hijo una *magnífica humanidad* que también ilumina la época de la IA. En Cristo comprendemos que el hombre está llamado a ser colaborador en la obra de la creación, y no espectador resignado ante los procesos tecnológicos que limitan su libertad y su responsabilidad» (MH, n. 233).

Luego la encíclica dirige su mirada a la Eucaristía, en la que al unirnos al Señor nos unimos entre nosotros, y evitamos así divisiones que pueden surgir de un mal uso de las tecnologías: «mientras las nuevas redes económicas y tecnológicas pueden generar exclusión, aislamiento y dependencias, la Iglesia, alimentada por la Eucaristía, está llamada a hacer visible otro tipo de medida, custodiando los vínculos, devolviendo la voz a los invisibles y orientando los procesos hacia la dignidad de las personas» (MH, n. 235).

Siguen luego varios números que invitan a la construcción, desde Dios, del bien en nuestro mundo. Para ello, la atención se dirige a cuatro ámbitos: la verdad, la educación, las relaciones, el amor a la justicia y la paz. El Papa León invita a ser «fieles a la verdad», sobre todo respecto de Dios y del ser humano (MH, n. 237). Por lo que se refiere a la educación, los adultos pueden hacer mucho para que los niños y los jóvenes aprendan a usar las nuevas tecnologías de forma «que logren creer que la evolución de las tecnologías no sigue un camino inevitable, sino que puede estar orientada por la responsabilidad personal y colectiva» (MH, n. 238). Las relaciones humanas, por su parte, se amplifican gracias a la cultura digital, pero sigue siendo imprescindible la cercanía física (MH, n. 239). Por último,

la justicia y la paz han de convertirse en fines continuos en el uso de la tecnología, con un sano discernimiento, pues «cada decisión técnica o económica se convierte en un punto de discernimiento espiritual, una ocasión para verificar si los avances de la IA abren espacios de justicia y participación o concentran la riqueza y el poder en manos de unos pocos» (MH, n. 240).

Dos números vuelven a recordar la historia de Nehemías (que encontramos en el prólogo de MH) y la importancia de confiar en Dios al emprender la tarea de levantar lo destruido y proteger lo amenazado, con la mirada puesta en la nueva Jerusalén que recibimos de Dios (MH, nn. 241-242).

Finalmente, el Papa mira a la Virgen María y a su *Magnificat*. Al dar su sí, descubre que todo ha cambiado en ella, aunque externamente no se vean cambios, pues Dios ya ha triunfado. Entonces su canto de esperanza nos invita a descubrir «la obra invisible de Dios», a descubrir las necesidades más apremiantes, y ponernos a trabajar, ante los retos de nuestro tiempo, también con la IA (MH, nn. 243-245).

El Papa León XIV encomienda sus reflexiones a la Virgen, para que avancemos hacia la civilización del amor. Estas son las últimas palabras de la encíclica: «Encomiendo este deseo a la Madre de Cristo, a la mujer del *Magnificat*, para que acompañe nuestros pasos en el presente que cambia y custodie en cada uno de nosotros la confianza en el Evangelio, de modo que podamos testimoniar la belleza de una magnífica humanidad habitada por Dios» (MH, n. 245).